

León Homo, profesor de la Universidad de Lyon, en este volumen XVIII de la Biblioteca de Síntesis Histórica que dirige Henri Berr, sigue paso a paso la transformación del estado romano y de sus órganos, en la época de simple poblado primitivo, de ciudad, de Estado Itálico y de Imperio Mediterráneo. Al término de esta trayectoria, Roma cuenta con una administración compleja, con verdaderos Ministerios y servicios especializados (magistratura judicial, administración civil, ejército). Constituciones imperiales establecían un verdadero escalafón para el personal, etc. Sin embargo, todo esto cayó como cuerpo muerto y no quedó para la posteridad sino la concepción de tales creaciones; lo cual parece demostrar, pese a muchas filosofías históricas, que una civilización recibe de otra enormes materiales y que el desarrollo general de la humanidad no está seccionado estrictamente por las condiciones internas de cada cultura.

En el curso de la obra, M. Homo hace observaciones interesantes y de gran sugerencia. En el último capítulo afirma, sin necesidad de demostrarlo nuevamente, que los antiguos no distinguían el «estado» del «gobierno», observación que esclarece casi todos los problemas que se pueden plantear para las instituciones públicas antiguas. El «imperium» indivisible de la *ciudad* nunca pudo ser extinguido completamente y su concepto perturbó hasta las postrimerías del Imperio el perfeccionamiento del estado y de la administración romana; desapareció la *ciudad*, pero sus «formas» se mantuvieron como limitación a las nuevas concepciones. (El lector relaciona inevitablemente este fenómeno con la circunstancia de que la costumbre sobrevivió como fuente de derecho privado en el Bajo Imperio, pero con el carácter de negativa, de derogatoria del derecho escrito).—R.

LA VIE DE BEAUMARCHAIS, por René Dalsème. Col. *Vies des hommes illustres*.—«Nouvelle Revue Française», París, 1928.

El creador del género de las biografías noveladas es André Maurois. Cuando este ingenioso novelista trazó las páginas de

«Ariel, ou la vie de Shelley», indudablemente ignoraba que no sólo hacía una obra maestra sino que, además, abría el camino a una vasta serie de imitadores. Fué tan grande el éxito de «Ariel», que dos colecciones serias de «vies romancées» comenzaron en seguida a pedir libros de este nuevo género a todos los escritores. Fuera, naturalmente, de muchos otros libros inspirados por propósitos menos respetables y alineados en el seguimiento del mismo espíritu.

Uno de los últimos trabajos de esta índole es «La vie de Beaumarchais», por René Dalsème. En verdad, la existencia de Beaumarchais es rica en peripecias dramáticas; en ella abundan, con lances de toda suerte, el amor y las letras. El relato hecho por Dalsème tiene, pues, una base espléndida en que apoyarse. Y por eso no es extraño que su biografía nos parezca una de las más logradas de tan vasta serie, presidida por un modelo que ninguna puede jactarse de haber equiparado: el «Ariel, ou la vie de Shelley», de Maurois.

EL ARTE EGIPCIO, PROBLEMAS DE SU VALORACIÓN, por Guillermo Worringer.—*Rev. de Occidente*, Madrid, 1927.

El interés por el arte africano comenzó por la civilización egipcia, abarcó más tarde las regiones negras del continente y luego ha vuelto a su cauce antiguo. La estética de los egipcios sigue siendo tema más interesante que el arte negro, y de este interés dan buena prueba los trabajos críticos que no cesan de publicar las prensas europeas, principalmente alemanas.

De uno de los escritores de arte más agudo del momento actual, Guillermo Worringer, la *Revista de Occidente*, de Madrid, atenta siempre a novedades y atisbos singulares, acaba de publicar «El arte egipcio, problemas de su valoración». Este libro tiene como mérito primordial una claridad de exposición verdaderamente meridiana. Existe una opinión vulgar entre la gente ilustrada, si son compatibles ambos adjetivos. Es la de que la claridad de exposición es privilegio exclusivo de la men-